

cómo son los dioses —tan similares a sus criaturas—, gustan urdir universos con la palabra. Demos nuestra enhorabuena a estos poetas de *Paradiso*, por su verso limpio, inteligente, nuevo, por su arriesgada voluntad de verdad, que parece regresarnos a la inocencia paradisiaca de la que fuimos despojados.

MIGUEL FLORIÁN

Jiménez, Juan Ramón. *La estación total con Las canciones de la nueva luz*. Barcelona, Tusquets, 1994, 202 pp.

Conforme con el propósito de su colección «Nuevos textos sagrados» de presentar lo mejor de la poesía española del siglo xx, Tusquets Editores ha publicado *La estación total con Las canciones de la nueva luz* de Juan Ramón Jiménez, bajo la dirección de Vicente Valero. Anteriormente han aparecido en esta serie *Poesía completa* de Alfonso Costafreda, *Casi una leyenda* de Claudio Rodríguez, *Al dios del lugar* y *No amanece el cantor* de José Angel Valente y *Poesía (1931-1991)* de Rosa Chacel, entre otros (aunque no muchos; parece que van saliendo a un ritmo de dos volúmenes por año). El presente volumen contribuye notablemente a esta colección superior y exclusiva no sólo por su interés histórico (es la primera edición aislada de estos poemas publicada en España) sino también por su alta calidad lírica. Estos poemas son los que Juan Ramón escribió entre 1923 y 1936, durante su madurez poética y en el apogeo de la Generación del '27, pero no fueron publicados como libro sino hasta más tarde en el exilio.

La estructura de este libro forma un tríptico de tesis-antítesis-síntesis, con las dos partes de *La estación total* flaqueando los poemas de *Las canciones de la nueva luz*. Los 14 poemas de la primera sección representan una depuración estilística de lo típicamente juanramoniano. Repletos de paradojas y oposiciones binarias, estos poemas se reducen a lo esencial: ninguno define una realidad concreta y específica; más bien pintan un mundo idealizado, de colores brillantes acentuados por el oro y la plata. Predominan imágenes de los elementos primarios de tierra, aire, agua y fuego, además de los símbolos tradicionales y universales de la luz y la rosa. El frecuente uso de paréntesis crea un tono íntimo, lleno de un placer hondamente sentido, más controlado, sublimado se diría. Este mundo edénico a veces alcanza matices eróticos. No obstante

la riqueza y sensualidad de las imágenes, es evidente que una meditación sobre el signo subyace en este mundo eterno y pleno realizado por medio de la palabra.

El ritmo cambia radicalmente en la sección central gracias al paralelismo, la repetición y la mayor brevedad de los poemas, destacando los aspectos rítmicos y fonológicos del lenguaje. Por tanto, los poemas de *Canciones de la nueva luz* son reminiscentes de poemas de Bécquer, Lorca y Alberti, aunque su tono es mucho más optimista y exclamativo. A menudo estos poemas van dirigidos a una otra (Eva) más presente, casi palpable —sea la amada o la musa poética— en contraste con el tono más interiorizado y meditativo de la primera sección. «Tu desnudez», la segunda parte del poema «Lujo», ejemplifica los poemas de esta sección:

La rosa:
tu desnudez hecha gracia.
La fuente:
tu desnudez hecha agua.
La estrella:
tu desnudez hecha alma.

Después de los 26 poemas de esta sección central, volvemos a la segunda parte de *La estación total*, una confluencia y continuación de los aspectos temáticos y estilísticos de las dos primeras partes. Por eso se puede notar una dialéctica entre lo concreto y lo abstracto, una síntesis apenas resuelta (tal vez levemente nostálgica) pero no angustiada ni conflictiva. A diferencia de la voz anónima y universal que caracteriza la primera sección, hay alusiones a lugares específicos y a otros aspectos anecdóticos y personales, creando un mundo mucho más tangible y reconocible, pero jamás trivial. Se podría decir que el poeta es un Adán poslapsario que no ha perdido su gozo por el mundo y su confianza en la expresividad, la belleza y la fuerza de la palabra poética a pesar de su exilio (literal y metafórico, dado su conflicto con los poetas más jóvenes).

En fin, con su portada de oro, negro y blanco, característica de esta colección, este libro elegante y pulcramente presentado ofrece los poemas en un formato grato de leer y con un mínimo absoluto de erratas. Esta edición de *La estación total* representa una contribución notable a esta serie y anticipamos la próxima entrega de los «Nuevos textos sagrados».

Washington University in St. Louis

W. MICHAEL MUDROVIC